

Cox o el paso del tiempo, de Christoph Ransmayr

Trad. de Daniel Najmías Bentolilla;

Barcelona: Anagrama, 2019; 260 pp. ISBN 978-84-339-8033-5.



Jesica Lenga

Universidad de Buenos Aires, Instituto de Filología
y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso, Argentina

A juzgar por sus doscientas cuarenta y cinco páginas de extensión, *Cox o el paso del tiempo*, de Christoph Ransmayr podría parecer a los lectores una novela breve. Sin embargo, Ransmayr encuentra el modo de acumular en su relato una densidad de significados tal, una cantidad de capas y capas de sentidos tan grande como para generar en el lector la impresión de estar leyendo una novela infinita. Justamente, uno de los mayores aciertos de *Cox o el paso del tiempo* es camuflar, bajo el tono de la parábola o el *Marchen*, asuntos tales como la reflexión filosófica sobre el paso del tiempo, la relación entre el artista y el poder o, incluso, una indagación existencial sobre la condición humana.

Cox o el paso del tiempo relata la historia de Alister Cox, un talentoso y célebre relojero e inventor de autómatas británico que, aún estando de duelo por la muerte de su pequeña hija Abigail, es invitado por el emperador Qiánlóng, que gobierna la China como un Dios y se hace llamar “el hombre de los diez mil años”, a trasladarse a su país y trabajar bajo su órbita. Intentando rehuir de su pena, Cox emprende viaje, pero al llegar al Lejano Oriente descubre que Qiánlóng no desea comprar ninguna de las extravagantes máquinas de su cargamento. En cambio, el emperador demandará del relojero la invención de relojes singulares, que en nada se parecen a los conocidos mecanismos de tres agujas. Cuando Qiánlóng presente su solicitud definitiva, Cox no solo se encontrará con un desafío a los límites de su creatividad y poder de invención sino, atrapado en un dilema que podría resultar una trampa mortal.

Resumir las múltiples interpretaciones que la novela de Ransmayr presenta en una breve página es una tarea imposible. No obstante, una vía de acceso para captar algunos de los sentidos que el texto evoca es ingresar al él por medio de tres palabras clave: *camuflaje*, *eternidad* y *distancias*.

Camuflaje. Para escribir *Cox o el paso del tiempo* Ransmayr se vale de camuflajes y disfraces varios. Ante la compleja disyuntiva que plantea el cómo representar un mundo absolutamente otro, desconocido, como es el Lejano Oriente, Ransmayr

opta por construir un narrador que se camufla en el lenguaje de ese otro, que imita la escritura de los haikus y la percepción poética de la naturaleza de los poetas orientales.

La descripción de ese misterioso reino que Cox descubre en su viaje está siempre atenta al detalle minucioso, sorprendente que rompe con la quietud de un paisaje que parece absolutamente armónico. Tampoco es casual que Ransmayr, un austríaco que escribe en el siglo XXI, elija presentar una visión de Oriente tal como habría sido percibida por un viajero inglés del siglo XVIII. Ransmayr se alía al discurso del exotismo, en la tradición que va desde Marco Polo hasta Victor Segalen. Todos los lugares comunes de la literatura exotista están presentes en su novela: los palacios de un lujo desmesurado, repleto de una riqueza que no parece tener límites, mujeres de belleza hipnótica, los paisajes sublimes entre los que se destaca, por supuesto, la visión de la Gran Muralla, vestimentas extravagantes y un sistema de costumbres imposibles de explicar según la lógica occidental. Todo se vuelve hiperbólico en la pluma del exotista. No obstante, no hay que confundirse: que Ransmayr se valga del discurso del exotista no significa que lo sea. El exotismo es también un camuflaje, una discursividad que es empleada en tono paródico, con una distancia irónica. En su novela no está presente la actitud de fascinación y la celebración por lo diferente propia del exotismo, más bien, lo que el narrador se preocupa por hacer es constantemente borrar y hacer esas diferencias. Ya desde el primer avistaje de China descubrimos que no se trata simplemente de un reino de cuentos maravillosos: lo primero que los viajeros ven es una ceremonia de mutilación a un grupo de disidentes. Rápidamente, el lector descubre que detrás de esa tierra en la que parecen reinar la quietud, la calma se esconde un sistema injusto, arbitrario, de una violencia también desmesurada. Es la China real camuflada detrás de la China literaria del exotista.

Eternidad. *Cox o el paso del tiempo* se enlaza con una serie de textos que podrían formar una tradición autónoma denominada “literatura del tiempo” en la que sería factible ubicar obras como *En búsqueda del tiempo perdido* de Proust o la mayoría de los relatos borgianos. Una cuestión que aparece con preponderancia en la novela de Ransmayr es la percepción del tiempo como duración. Los primeros pedidos de Qiánlóng a Cox son dos relojes que midan ya no el tiempo abstracto y regular, divisible en minutos y segundos, sino tal como este transcurre en las diversas situaciones en la vida, con una velocidad cambiante. Porque existen distintos desde el paso fugaz de las horas del amor al transcurrir lento del tedio. Cox deberá fabricar un reloj que mida las horas del disfrute, el tiempo lúdico del niño, que recupera las horas de su propia hija muerta y luego uno mucho más siniestro, la máquina que cuente el tiempo de la desesperación de aquel que sabe que tiene su propia desaparición por delante, del condenado a muerte. No obstante, es solo el último reloj, la verdadera causa de la convocatoria del emperador el que enfrentará a Cox con una disyuntiva. Qiánlóng solicita del relojero la creación de un mecanismo capaz de vencer al tiempo, el reloj *perpetuum mobile*, una máquina tan poderosa como para poder durar por toda la eternidad, incluso capaz de trascender a ambos su fabricante y su dueño, e incluso a los materiales de los que está hecho. Pronto Cox descubrirá que, como un

Frankenstein, esta máquina se vuelve una amenaza porque quien fabrique un reloj tal estará desafiando el poder de un mandatario que se presenta como el soberano de los tiempos, capaz incluso de determinar el inicio o el fin de las estaciones con sus propias palabras. Frente a una máquina eterna, aun un rey que se hace llamar “el señor de los diez mil años” queda empequeñecido. Así surge otro de los camuflajes de la novela porque se vale en toda esta elaborada construcción discursiva de un lenguaje sumamente bello y por momentos festivos, para ocultar una comprensión escéptica y pesimista del mundo. La novela de Ransmayr revela que nada del hombre es, a fin de cuentas, trascendente. Ningún poder existe frente al tiempo. Todos los lujos, los palacios “¿y todo ello solo para volver a ser invisibles, para perderse en la oscuridad más profunda en cuanto se les acabara el tiempo?” se pregunta el narrador.

Distancia. Finalmente, podría decirse que como contrapartida del discurso existista con el que los autores occidentales acostumbraron representar la China, Cox es un texto en el que las distancias se diluyen. Su narrador descubre que los lejanos Oriente y Occidente no están tan separados como se cree: con vestimentas distintas tal vez, en ambos el poder opera del mismo modo discrecional e injusto. Tampoco los dos protagonistas del relato son tan diferentes: ambos, emperador y relojero quedan equiparados por un mismo deseo, vencer a la muerte, ya sea para recuperar una hija muerta, ya sea para gobernar por siempre.

Al concluir su novela, Ransmayr deja a sus lectores una reflexión de carácter existencial: no existe ninguna distancia que el tiempo no sea capaz de abolir. Todas las barreras, divisiones y segmentaciones que el hombre sea capaz de crear no son más que un sinsentido.